

El libro lo podemos definir como de «alta divulgación». No es, desde luego, un libro técnico, pero sí un libro sistemático y los temas son tratados con la profundidad suficiente para lectores cultos no expertos en la materia. Un libro que hace una síntesis ordenada y clara sobre las cuestiones debatidas. Resultan especialmente interesantes las páginas dedicadas al «principio antrópico» (pp. 29-37). Sorprende positivamente la profusión de citas textuales de científicos y pensadores, bien traídas y muy ilustrativas de las posiciones. Al final de cada capítulo hay un elenco bibliográfico (de las citas) de gran interés para el estudio de la materia.

La tesis que recorre estas páginas, escritas por un científico que mira como creyente, es que no hay incompatibilidad entre el estudio científico de las cuestiones sobre los orígenes y la perspectiva que la fe de un creyente ofrece sobre las mismas. Las incompatibilidades surgen hoy en día de las extrapolaciones y unilateralidades del método científico adoptado. Quizá lo más criticable de este libro es el título. A nuestro juicio sería más exacto utilizar la

expresión «la mirada de la fe» que la usada: «la mirada de Dios».

En el quinto capítulo, titulado «Ciencia y Religión», se trata la que es, a nuestro parecer, la cuestión de fondo. Constituye, por tanto, la parte más interesante. Con un cierto detenimiento, de forma sencilla y clara a la vez, se expone con argumentos sencillos y serios al mismo tiempo, la armonía que existe (y que debe existir) entre la ciencia y la fe (en el fondo es un apunte de las relaciones fe-razón). Hay un breve recorrido histórico para hacer ver cómo la fe no es incompatible con el desarrollo científico, sino que, al contrario, es en un contexto cultural cristiano y de unos científicos que viven su fe, donde surge y se desarrollan los hitos fundamentales del progreso de la ciencia empírica. El fenómeno de una «ciencia atea» es relativamente actual y minoritario. El capítulo acaba en un desarrollo detenido sobre la cuestión del mal, que siempre ha constituido uno de los puntos centrales del «debate sobre Dios», un verdadero reto racional.

José Manuel FIDALGO

Gabriel RICHI, *Jesucristo en el pensamiento de Joseph Ratzinger*, Madrid: Publicaciones San Dámaso («Analecta Matritensia», 9), 2011, 388 pp., 17 x 23, ISBN 978-84-15027-16-4.

En este volumen se recogen una serie de intervenciones sobre la figura de Jesús propuesta por Joseph Ratzinger-Benedicto XVI en su *Jesús de Nazaret* (2007-2011). En el prólogo, el cardenal Rouco Varela explica la motivación del evento, con motivo de la preparación de la Jornada mundial de la juventud, celebrada en Madrid en agosto. El editor propone por su parte una «obertura», donde se aborda la pers-

pectiva estética, a partir de una *villanesca espiritual* de Francisco Guerrero (1527-1599). Tras este primer acercamiento a la figura de Jesucristo, el presente volumen colectivo ofrece la perspectiva escriturística. Luis Sánchez Navarro elabora una síntesis de las ideas de nuestro papa-teólogo sobre la exégesis, en la que se destaca la continuidad entre *Dei Verbum* y *Verbum Domini*. Con «Jesucristo, cumplimiento de

la historia de Israel», Ignacio Carbajosa subraya la continuidad entre la Torá y la Ley, entre las dos alianzas en la línea de una «hermenéutica cristológica del antiguo testamento». Por su parte el profesor Thomas Söding, de la facultad católica de teología de Bochum, realiza una excelente exposición del «nuevo paradigma exegetico» propuesto por Joseph Ratzinger, en sintonía con los principios expuestos por el concilio en DV 12. Patricio de Navascués abordará más adelante la complementariedad entre Escritura y tradición, a partir de la imagen del agua en los escritos ratzingerianos.

La parte más especulativa corre lógicamente a cargo de algunos teólogos sistemáticos. En primer lugar, Pierangelo Sequeri –de la Facultad teológica de Italia septentrional, de Milán– aporta la perspectiva de la teología fundamental, a partir de las ideas de obediencia y testimonio fiel en Jesús, donde se da una síntesis perfecta entre verdad y libertad. En una línea más cristológica, el profesor de la Pontificia Universidad de Comillas Gabino Uríbarri aporta un estudio sobre la conciencia de Jesús, por medio del tema de la oración como el centro de la propia vida de Jesucristo. La perspectiva soteriológica corre a cargo de César Izquierdo, de la Universidad de Navarra, que recorre, en los escritos hasta 2005, la identidad de persona y misión en Cristo. Propone una cristología descendente donde se integran los conceptos de cruz, redención, sacrificio y expiación. Por su parte, Gerardo del Pozo brinda un detenido y erudito estudio sobre la figura del Nuevo Adán como centro de la teología, e insiste de modo especial en la unidad –en el pensamiento ratzingeriano– entre *theologia crucis* y *theologia gloriae*.

En la última parte del volumen, el canadiense Réal Tremblay, de la Academia

Alfonsiana de Roma, aborda la perspectiva de la teología moral de Ratzinger a partir de sus frecuentes incursiones en las cuestiones morales sobre todo en las últimas décadas. En estos escritos ha recordado el cristocentrismo de la moral cristiana, la perspectiva relacional de su antropología, el centrarse en una «teología de la libertad» que vendría a actualizar las tesis del Concilio III de Constantinopla y la relación entre el Logos eterno y la conciencia humana, por medio del concepto de *anámnesis*. La perspectiva escatológica es ofrecida por Philippe Vallin, de la facultad de teología católica de la Universidad de Estrasburgo. En estas páginas propone la escatología ratzingeriana como «la gran cristología de la misericordia» que abra la puerta del Reino, que no puede dejar de ser al mismo tiempo «una cristología de la justicia y del juicio y, en consecuencia una escatología de la penitencia y la impenitencia» (p. 306). En la antropología cristológica propuesta por nuestro autor alemán se unen la dimensión relacional de la persona con «el lenguaje del ser». Como epílogo, Savio Hon Tai-fai, de la Congregación para la evangelización de los pueblos, ofrece una reflexión sobre la unicidad salvífica de Jesucristo en un mundo interreligioso, dominado en no pocas ocasiones por el relativismo. El prelado vietnamita aporta un valiente epílogo acerca de la inculturación y la misión de la Iglesia (donde añade la perspectiva propia del confucianismo), a la vez que recuerda las referencias comunes a la razón y la conciencia, y la continuidad entre Jesucristo, la Iglesia y la verdad. Con estas páginas nos acercamos pues, desde distintas perspectivas, a la figura de Jesucristo repropuesta por el actual sucesor de Pedro.

Pablo BLANCO